

SUR, de Málaga 17-I-1986

Dos aviones norteamericanos chocaron en vuelo, arrojando en paracaídas cuatro bombas 50 veces más potentes que la de Hiroshima

Hoy se cumple el 20 aniversario del accidente nuclear ocurrido en Palomares

PALOMARES (Almería). La población almeriense de Palomares entró en la historia nuclear del mundo a las 10 horas y 22 minutos del día 17 de enero de 1966, mañana hace veinte años. A esa hora un bombardero B-52 de los Estados Unidos, que procedía de la frontera turco-soviética, y un avión cisterna de la base de Morón (Sevilla) chocaron cuando volaban sobre Palomares a una altura de 9.300 metros y a una velocidad de 966 kilómetros por hora.

El choque arrojó sobre Palomares una nube anaranjada de 114.000 litros de queroseno en llamas, siete cuerpos carbonizados, tres paracaidistas heridos graves... y cuatro bombas de hidrógeno de 1,5 megatonnes, cada una de ellas cincuenta veces más potentes que la bomba que destruyó Hiroshima. Pero eso, no lo sabrían los asustados vecinos hasta seis semanas más tarde.

Antonia Flores, hoy alcaldesa de Palomares, tenía entonces seis años. «Yo no escuché la explosión, sino que vi una gran nube de fuego que caía sobre nuestras cabezas. Me escondí en casa, como todos los demás. Después, ya más calmada, salí a la calle y me acerqué hasta un cilindro resplandeciente que había caído a pocos metros de mi casa, en medio del pueblo.»

«La bomba, continúa Antonia, media unos dos metros de largo, quedó incrustada en el suelo y estaba resquebrajada. Por las grietas podía verse una cosa gris-negrucita. Luego nos dijeron que eso era el plutonio. Estuvimos tocándola algunos niños porque fuimos los primeros en encontrarla. Luego, cuando llegó la Guardia Civil, nos prohibió estar allí.»

Distinta experiencia, no de juego, tuvo Antonio Sabiote, de 36 años entonces y hoy entrado en canas, cuando vio cómo se estrellaba a 20 metros de su casa, después de pasar por encima de su cabeza y la de su mujer, María Flores, un ala entera de un avión con dos motores ardiendo. «Todo mi

huerto se incendió y la casa sufrió desperfectos. Desde entonces los tomates no crecen como es debido.»

Sobre Palomares ese día llovió fuego y metralla. «Hoy Dios ha velado por el pueblo», dijo el párroco Francisco Navarrete durante los funerales por los aviadores muertos. El sacerdote solo se refería a los restos de los aviones, pero los que conocían el secreto sabían que Dios se había acordado también de Almería, Sevilla, Valencia, el Norte de África y Madrid, adonde también hubieran llegado los efectos de haber explotado las bombas.

Tres bombas de hidrógeno

A los habitantes del pueblo no les gusta hablar de las bombas. Ni siquiera hay rótulos que las recuerden, ni bares con nombres alusivos. Ellos creen que salvaron la vida de milagro y que luego fueron estafados y engañados.

Tres bombas cayeron en el pueblo y la cuarta, la más famosa, en el mar, de donde fue rescatada 80 días más tarde tras arduos esfuerzos y con la ayuda de los más sofisticados técnicos de entonces, entre ellas dos submarinos de bolsillo.

La operación búsqueda tenía la más alta prioridad del Pentágono y los americanos dispusieron permanentemente frente a Palomares de quince navíos de guerra (más el «inevitable» pesquero ruso), 130 hombres rana, 2.200 marineros y casi dos mil hombres en las playas.

«La caída de las bombas hizo mucho daño al pueblo, afirma la alcaldesa con convicción. Hace 20 años Palomares tenía 1.200 habitantes y hoy tan solo 800. Los otros han emigrado a Barcelona. Seguimos cultivando el tomate y hasta el año pasado no tuvimos agua corriente en las casas.»

También se quejaban los demás vecinos. Uno de ellos, Antonio Sabiote, dice que nunca ha llegado a recuperar el valor real de lo perdido. «Yo solo reclamé mis cosechas quemadas, pero no otros destrozos, porque entonces nos declaran las autoridades y el gobernador que queríamos abusar de los pobres america-

nos, que habían perdido a sus hombres... que si queríamos quedarnos con sus barcos.»

Para ello, para que no prescriba el derecho legal a reclamar, los vecinos de Palomares han firmado un escrito que presentaron anteayer ante las autoridades de los Ministerios de Defensa y Asuntos Exteriores.

«Somos conscientes—dice Antonia Flores— de que hemos sido engañados. Incluso la Junta de Energía Nuclear nos ha tratado insuficientemente, inadecuadamente e irresponsablemente durante estos veinte años.»

Sin embargo, la alcaldesa, socialista, reconoce que este no es el momento más oportuno para remover nada que huelva a nuclear... por aquello de la OTAN.

El baño de Fraga

Pero lo que más recuerdan, sin duda, los españoles de Palomares fue el famoso baño del entonces ministro de Información y Turismo, Manuel Fraga Iribarne, y del embajador de los Estados Unidos, Duke, el 8 de marzo, para demostrar que las aguas no estaban contaminadas. La foto en meya de los bañistas dio la vuelta al mundo.

De las reclamaciones presentadas—dice un informe de Green Peace— solo se aceptaron 536 y de los siete millones de dólares pedidos se entregaron solo 700.000, que representa algo así como el 0,1 por ciento del coste de la operación de rescate. «Menos que una propina.»

Pero lo más triste de todo, manifiesta Jordi Bigas, de Green Peace, es que no existen estudios de seguimiento pese al medio millón de dólares de presupuesto anual que la Junta de Energía Nuclear tiene destinado para Palomares.

«Lo único que se ha hecho es realizar análisis de sangre y orina voluntarios con una media de tres reconocimientos por persona en los veinte años, se queja Jordi Bigas, y los resultados se han conocidos hace tres meses. Hasta entonces los vecinos solo oían en Madrid: «Váyase tranquilo, no se preocupe, que no pasa nada.»

Para la alcaldesa de Palomares no existe en realidad ningún indicio que haga pensar en alguna víctima de las bombas, «pero nunca se sabe en el futuro». Por eso, ella ha ido a Madrid a presentar las firmas para que las responsabilidades no terminen mañana, a los veinte años.